

LAUDATIO de Leonardo Polo (en el Acto de entrega de la Cruz de Carlos III el Noble. Gobierno de Navarra, 23.IV.2008)

Me corresponde el grato honor de evocar, en esta señalada ocasión, algún aspecto de semejanza de Leonardo Polo, licenciado en Derecho y doctor en Filosofía por la Universidad Complutense, catedrático de Historia de la filosofía, maestro universitario.

El pensamiento filosófico del Prof. Leonardo Polo es una de las mayores y más profundas empresas intelectuales que ha habido en la segunda mitad del siglo XX, capaz de vivificar los interrogantes metafísicos, gnoseológicos, antropológicos, psicológicos y culturales de la hora presente. Así, de múltiples maneras, lo ponen de manifiesto los congresos celebrados sobre su pensamiento, las revistas científicas sobre su filosofía, los numerosos libros y artículos en revistas especializadas, 30 tesis doctorales y trabajos de investigación, infinidad de reseñas sobre sus obra científica. Sería aquí casi imposible aludir a todas sus publicaciones; no quiero dejar de citar sin embargo los 4 volúmenes de su *Teoría del conocimiento, Evidencia y realidad en Descartes; El acceso al ser; Hegel y el posthegelianismo*; los dos tomos de *Antropología trascendental; Nietzsche como pensador de dualidades; Persona y libertad; La libertad y sus ámbitos, El conocimiento del universo físico*. Algunos de éstos últimos corregidos y publicados tras su jubilación académica. Próximamente se editarán dos cursos distintos de *Psicología*, impartidos en los años 70. Hay muchos cursos inéditos que están esperando la corrección de los textos orales transcritos.

El espíritu o alma de una universidad no es algo etéreo; se encuentra encarnado o plasmado en quienes son maestros universitarios. D. Leonardo es un gran universitario. Lo es, en primer lugar, porque ha dedicado toda su vida a la Universidad. Catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad de Granada, en la que estuvo dos años; el resto de su tiempo desde el lejano 1954 hasta nuestros días ha desempeñado su fecundo trabajo en Pamplona. A la Facultad de Derecho se incorporó para explicar Derecho Natural, y dos años más tarde, cuando se erigió la Facultad de Filosofía y Letras, fue el primer profesor de Fundamentos de Filosofía e Historia de los sistemas filosóficos; ininterrumpidamente desde 1956, profesor de filosofía; también impartió varios años docencia en la Facultad de Comunicación, en el IESE y en el Instituto de Empresa y Humanismo; y muchos veranos en Universidades sudamericanas, sobre todo de Perú, México, Chile y Colombia.

Es el primer profesor del Departamento de Filosofía. Pionero, patriarca de filósofos. En un espacio de tiempo tan largo, y a pesar de que son tareas

que le atraen poco, ha debido ocupar cargos, que siempre ha desempeñado con afán de colaboración y ayuda a la comunidad académica, entre otros (y durante muchos años), los de Director del Departamento de Historia de la filosofía y Director del Programa de Doctorado en Filosofía. Ha impartido lecciones de casi todas las asignaturas filosóficas de los diferentes planes de estudio; siempre ha aceptado cuando, por el motivo que fuere, era necesario pedirle que explicara una asignatura. Muy pocas personas —sólo los verdaderos maestros— son capaces de tener esa visión global de los problemas filosóficos que les permite explicar, y de modo brillante, más de una asignatura. Los miles de alumnos que le han escuchado son testigos, quizá en algunos casos recuperados del estupor inicial, de sus planteamientos novedosos, de la profundidad de sus explicaciones, nunca triviales. Por eso, D. Leonardo siempre ha sido un profesor admirado; aunque haya huido de todo lucimiento personal, siempre ha despertado inquietudes filosóficas; ha enseñado a pensar con rigor, ha sellado con la impronta e inspiración de la verdad a cuantos le han escuchado en sus clases, seminarios y conversaciones, a las que tan aficionados somos los profesionales de la filosofía.

Un conocido colega, director de Departamento de Filosofía de una universidad catalana y cuyos perfiles filosóficos discurren por líneas muy distintas a las de Polo, en su autopercepción intelectual dejaba así constancia de las deudas contraídas: “Primero de todo he de nombrar al profesor de segundo curso de Filosofía (asignatura titulada Historia de la Filosofía) que determinó mi decantación por la filosofía. Fue el curso de Leonardo Polo, desarrollado en la Universidad de Pamplona, en donde estuve ese segundo año de carrera, el que me decidió. Pocas veces he sido testigo de un experimento tan extraordinario. La capacidad que tenía Polo (...) por hacer surgir, en y desde su palabra, como abriéndose paso desde el más oscuro origen, la *palabra* de los principales filósofos (Platón, Aristóteles, Plotino, Spinoza, Kant, Hegel) era algo único, algo de tal calidad y vigor intelectual que la mayoría de los asistentes a ese curso salíamos de la clase como quien sale de la efusión luminosa del “liberado” de la caverna platónica. Nunca, después, he sufrido un impacto igual, de tal intensidad y fuerza. Y hasta hace poco aún repasaba, de vez en cuando, las notas tomadas de ese memorable curso”. Muchos son quienes conservan las notas tomadas en clases y seminarios de Polo después de muchos años.

Es sorprendente su capacidad de escuchar al interlocutor; no sólo entiende en profundidad lo que le dice, sino que, por eso mismo, prosigue el pensamiento que se le expone. Como los grandes maestros, D. Leonardo nunca es repetitivo en la exposición de los temas, lo cual siempre ha sido motivo de admiración en los colegas, discípulos y en quienes siguen su filo-

sofía. Es propio de su modo de filosofar el considerar cualquier tema siempre *de nuevo*, esto es, sin dar por sabido lo sabido. Ha evitado consolidar el saber conseguido. Aunque trate de un asunto elemental, siempre lo piensa —y lo expone— novedosamente. De ahí el sorprendente vigor heurístico de su pensamiento, que avanza siempre, con pausa y sin precipitaciones, tratando de sacar a la luz, con nitidez, lo tematizado según cada acto intelectual.

Lo que alimenta la enseñanza universitaria es la investigación, ha escrito D. Leonardo en algunos de sus escritos. Por eso siempre ha repetido que la Universidad tiene como producto el saber superior, el cual no es sólo cuestión de enseñanza; el saber superior es la cumbre del saber heredado, pero (...) lo heredado nunca está terminado, sino que hay que continuarlo. El saber es incrementable justamente desde su cima. Antes que extenderlo hay que incrementarlo; el incremento del saber superior, lo primario de la universidad, está inexorablemente abierto al futuro. Esa característica del universitario la ha cumplido D. Leonardo en su vida y en su doctrina filosófica. Por eso puede describirse su pensamiento como una filosofía siempre abierta, esperanzada y vertida hacia el futuro. “Encontrar la verdad no es terminal, sino que despierta una inspiración”. La inagotabilidad de la verdad impide el estancamiento, el desencanto, el afincarse en el pensamiento débil o la detención exclusiva en miradas retrospectivas a la historia del pensamiento. “El encuentro con la verdad se transforma en un punto de partida. La verdad encontrada dispara un proceso interior porque es una fuente de inspiración que antes la persona no tenía”. Los profesionales de la filosofía nunca agradeceremos suficientemente a Polo sus continuas propuestas de no empequeñecerse, no conformarse con un pensamiento crepuscular, de no desertar de la filosofía, de hacer una filosofía no acartonada, sino flexible y viva; y que debe realizarse siempre en diálogo, por cuanto el objeto —la verdad— no es exclusivo ni propiedad privada de nadie; como dice, dialogar es humano, y ahí está el enfoque trascendental del lenguaje.

Quien lea con atención los textos de Polo no dejará de descubrir una inspiración hondamente cristiana; él siempre ha sido consciente de que un filósofo es el que ama el saber y “sirve a la Verdad”. Esa ha sido la tarea incansable de D. Leonardo durante sus más de cincuenta años de ejercicio filosófico, siempre con la mira puesta en “dejar bien servida a la Verdad”. Y ello desde una antropología en la que, según propone, la libertad es un trascendental personal.

Aunque él sea refractario a los homenajes, se deben manifestar la gratitud y los gestos admirativos al gran universitario que ha puesto unos cimientos tan sólidos, y sobre los que de modo inconsciente muchas veces los demás edificamos, cada uno libremente a nuestra manera. Quien tantas veces

supo pasar desapercibido, merece reconocimiento público por su personalidad y su obra filosófica. Permítanme concluir con el verso de Juan Ramón Jiménez: “que corra la gracia del agradecimiento”.

Angel Luis González
Catedrático de Metafísica
Universidad de Navarra
e.mail: algonzal@unav.es

* * *

Palabras de agradecimiento de Leonardo Polo con motivo de la imposición de la Cruz de Carlos III del Gobierno de Navarra

Empezaré dando las gracias por la distinción que me han otorgado. En gran parte, mi gratitud se debe a la elogiosa estimación de mi persona que la acompaña. Dicha valoración hace innecesaria la mía propia, que, desde luego, sería menos benévola. Seguramente puedo decir algo parecido a lo que expresé al recibir el título de doctor *honoris causa* en una universidad en pleno desierto del norte del Perú, al resumir mi aportación. Entonces señalé que había contribuido con algunos granos de arena. El público que me escuchaba esperaba que prosiguiera en este tono, pero mi natural emoción cortó casi en seco mi irónico discurso. Aunque en Navarra no se puede hablar de desiertos fuera de las Bardenas, mi contribución a su progreso científico no es mucho más relevante, pero prestada con la misma intensidad.

Conviene recordar lo que debo a mis colegas en la Facultad, entre otros, Alejandro Llano, Rafael Alvira, Ángel Luis González, Juan Cruz, María Antonia Labrada, Fernando Múgica, Juan Fernando Sellés y José Ignacio Murillo, que con sus acertadas observaciones me han ayudado a redactar mis escritos. Asimismo agradezco la inestimable labor de María José Franquet y Jorge Mario Posada de grabar y transcribir mis cursos. Junto a ellos, agradezco también la labor de corrección y edición de mis escritos a algunos de estos profesores entre otros como Juan A. García.

Mi estancia en Pamplona ha sido muy prolongada, pues comenzó concretamente el 29 de septiembre de 1954. Vine aquí por sugerencia de San